

Meditación

Centroamericana

Luis Barahona J.



EN torno al año crucial de mil cuatrocientos noventa y dos, fecha gloriosa en los anales de la historia universal, dióse comienzo en estas apartadas tierras de Centro América a la magna empresa del Descubrimiento y la Conquista.

Cosa de maravilla, asunto de historias septentrionales parece aquel denuedo en el combatir por su Dios y por su Rey, aquel celo en el predicar el Evangelio, aquel afán de fundar ciudades, de crear instituciones, de descubrir nuevas tierras. Pero hay más:

que el imperio de los Austrias, majestuoso y prepotente como el vuelo de sus águilas, único en el mando y la obediencia, dilatado y universal como el orbe, era también armonioso y cordial, poético y místico a la vez.

Allí están sus monumentos jurídicos, allí las defensas a favor de los indios, las mil empresas de sus capitanes, el bizarro trotar de sus poemas heroicos y el heroico morir de sus apóstoles, atestiguando para siempre qué ideales fueron los que dieron vida a tales obras y qué Dios fué aquél por el cual se libraron batallas, se entonaron cánticos y se fecundó la tierra virgen con la sagrada sangre de los mártires.

Con lo dicho basta para percatarse de la compleja y varia constitución del ideal hispánico. Sin embargo, puede decirse que en su ultimidad más recóndita aparece siempre como elemento informante el sentido cristiano de la vida en cuanto es conocimiento, amor y servicio de Dios en la tierra. Entendiendo por conocimiento de Dios la unidad de la fe y la fe en la salvación de todos los hombres, pues a todos se llama al convite celestial, —*erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*—, sin distinción de razas, de castas, ni de clases. Esta unidad es la base, el fundamento del orden, la justificación suprema del mando, sea cual fuere la forma política en que se ejerza, toda vez que la autoridad debe tender al perfeccionamiento de la conducta humana en función de sus fines naturales y sobrenaturales. El amor vivifica esta unidad en el orden, es la savia que la sustenta, como la sangre al organismo. Mediante el amor a Dios todos los pueblos disfrutan de idénticos derechos, la misma dignidad humana, las mismas prerrogativas sobrenaturales, sean griegos, judíos, árabes, indios, negros, málayos o mestizos. El amor está sobre toda ley, porque Dios mismo es amor, en frase del Evangelista. De aquí que el cristianismo sea esencialmente doctrina de amor y la cristiandad, la comunidad o hermandad de los que creen y viven en Cristo. La caridad es, pues, el vínculo que nos une, la gracia que nos santifica, la sangre que nos regenera y nos comunica la vida divina. No podía darse un ideal más eficaz para la regeneración individual, para la colaboración y el progreso social y para la paz, la justicia y el orden.

He dicho anteriormente que la base de nuestro ser se halla en estos ideales. Desgraciadamente han soplado fuertes vientos en lo que va de la independencia a esta parte, llevándose a su paso las más puras esencias de nuestro ancestro hispano. Como los árboles sin raíces que amarillean y mueren al primer estío, así nuestros pueblos desvinculados de la común herencia, sin memoria ni recuerdo de su nobleza, de su prosapia espiritual.

Centro América carece de personalidad, entendida ésta como la referencia consciente y estable al origen del ser de la centroamericanidad. El ligero sentimiento de simpatía que a las veces se manifiesta hacia el pasado hispanoamericano no implica, ni con mucho, un reconocimiento cabal de ese pasado como nuestro, como constitutivo esencial de nuestro ser.

Nuestros orígenes están ahí, pero como formas caducas, como recuerdos que se tornan amables únicamente en virtud de la hiedra que orna el paisaje histórico, ese que suelen invocar los incondicionales estetas del pasado. Y claro está que al aceptar la caducidad de las formas históricas que revistió el ideal hispánico, nos

situamos en el presente sin él. Ahora bien, ¿cuál es el ideal de los nuevos tiempos, el ser de esta nueva Centro-América desprovista de conciencia histórica? Efectivamente un ser impersonal, un conglomerado amorfo, como un cuerpo sin alma, sin verdadera vida espiritual, sin presente ni futuro. Los pueblos que viven a espaldas de la historia, que desconocen las esencias ideales que inspiraron y conformaron su pasado, no viven, sino que se desviven, se anonadan, porque vivir es precisamente ser de verdad, progresar en el ser, por la razón última del ser, vale decir, en función de las ultimidades, ésas que predica y enseña la religión de Cristo. Alguien ha dicho que así como los hombres rigen su vida por la causa final y su finalidad se encuentra en sus principios, así los pueblos encuentran su porvenir en sus mismos orígenes, tan pronto como empieza a dibujarse en ellos la vocación de su destino. En otras palabras, es necesario que los pueblos se alimenten de los jugos espirituales de su pasado, si quieren cumplir la misión histórica que les corresponde.

Centro América sufre hoy el pecado de haberse olvidado de sí misma. Hoy no somos, no tenemos una auténtica vida centroamericana porque hace mucho, quizá un siglo, que abandonamos nuestro ser, y en él, nuestro único haber, para vivir de prestado sucesivamente del ser de Francia, de Inglaterra, de Estados Unidos y de Rusia. Vano intento ese de sustituir lo insustituible; locura revolucionaria que sólo la ignorancia puede explicar, ya que jamás la historia podrá justificar esta ciega entrega de nuestro ser por los oropeles de los enciclopedistas, de los librecambistas, y, hoy, del socialismo anticristiano y ateo. «A ningún hombre, ni a ningún pueblo —que es, en cierto sentido un hombre— se le puede exigir un cambio que rompa la unidad y la continuidad de su persona—», ha dicho Unamuno. Lo que determina a un pueblo, lo que le da personalidad, es un principio de unidad, de continuidad y trascendencia. Y estos son los elementos que constituyen la médula y el ser mismo de la hispanidad.

Los frutos amargos de nuestro pecado están ahí: Un conglomerado informe de países en disputa y enemistad continuas, con una política sin ideales que cambia constantemente con el advenimiento de los nuevos «amos», con una economía que hipoteca al extranjero el futuro de las naciones al vender sus recursos naturales, con una corrupción que a todo y a todos alcanza y una miseria que avergüenza, en medio de los derroches y galas incomparables de esta tierra cálida y pródiga que bien podría ser, como se dice por ahí con sobrada ligereza de espíritu, paraíso de la eterna primavera. Pues bien, ante tales desengaños sólo cabe un retorno a la sinceridad, un despojarnos de lo verdaderamente caduco y vano para renacer, para redescubrir, desde la atalaya vigilante de nuestros naos neocolombinas, la tierra firme de la fe en los destinos de Centro América, que es destino de unidad, de fraternidad y trascendencia. Esta unidad y fraternidad trascendentes deben ser para nosotros algo más que la ilusión acariciada por aquéllos que la propugnan desde planos meramente materiales o políticos. Estamos ciertos que la conciencia de su peso se encuentra esparcida en todos los que integran las generaciones jóvenes de Centro América y por ella de América y del mundo. Pienso que esta llamada no debe hacerse desde el altozano de la demagogia, ni tampoco desde

las cumbres de la gestión política del Estado. Esta es misión de selectos para selectos, de almas nobles y bien nacidas sobre corazones amantes de las causas santas y redentoras. Se trata en definitiva de la causa de la hispanidad, y en ella, de la restauración cristiana de esta faja de tierra que va de Tehuantepec a Panamá en que tan mal conviven seis repúblicas hermanas por herencia de sangre y de espíritu... Esto es lo que la hora actual nos pide y el único camino para restablecer la arquitectura moral, intelectual y política de la Gran Patria Centroamericana.

José Barahona

Costa Rica, 20 de Sepbre. 1949.

